



ACCIÓN CONSERVADORA POR MÉXICO

Cuaderno de argumentación

Los límites del humanismo

Por qué el humanismo autónomo es incompatible con el cristianismo y con el conservadurismo auténtico.

Este documento ofrece argumentos ordenados para discutir con quienes defienden el «humanismo» como fundamento moral y político, incluidas sus versiones de centro —de centro-izquierda y de centro-derecha—. Parte de una advertencia: **«humanismo» es una palabra equívoca**. Quien la rechaza en bloque queda expuesto a la réplica fácil de que Erasmo o C. S. Lewis fueron humanistas cristianos. Conviene, por tanto, distinguir antes de refutar. El adversario no es el cultivo de las letras ni la defensa de lo humano, sino una cosmovisión precisa: el humanismo autónomo o antropocéntrico.

1. La trampa de la palabra

El término nombra al menos tres cosas distintas, y conviene separarlas:

- ◆ **Humanismo renacentista.** Un programa pedagógico y filológico —los studia humanitatis—, recuperación de las letras clásicas. Fue mayoritariamente cristiano: Calvino mismo se formó como humanista en este sentido técnico.
- ◆ **Humanismo cristiano.** Erasmo, Tomás Moro, Maritain, Lewis: el estudio del hombre puesto al servicio de Dios. La criatura se afirma como imagen del Creador, no contra él.
- ◆ **Humanismo secular o autónomo.** La herencia ilustrada radical y los Manifiestos Humanistas del siglo XX. No es un plan de estudios, es una cosmovisión. Este es el adversario.

La definición operativa es esta: **la doctrina que pone al hombre como centro, medida y fundamento último del sentido, el valor y la verdad, sin referencia a una trascendencia**. La regla de debate se sigue de inmediato: no se ataca «el humanismo» a secas —ahí el interlocutor culto siempre tendrá razón en alguna acepción—, se ataca el **humanismo autónomo, secular o antropocéntrico**, el del hombre como dios de sí mismo.

2. Sus premisas

El humanismo autónomo descansa sobre seis premisas encadenadas:

- ◆ **Antropocentrismo.** El hombre es la medida de todas las cosas. No hay punto de referencia por encima de él.
- ◆ **Autonomía.** El yo es su propio legislador. La autoridad moral última reside en la conciencia o la razón individual, no en una ley recibida.
- ◆ **Inmanencia.** Todo significado es intramundano. El sentido se busca aquí, nunca más allá.
- ◆ **Suficiencia moral.** El hombre puede ser bueno sin Dios; la ética se autofundamenta en una «dignidad humana» que la propia humanidad define.
- ◆ **Perfectibilidad y progreso.** La naturaleza humana es básicamente buena o maleable, y mejorable mediante razón, educación e ingeniería social.

- ◆ **Emancipación.** La religión, la tradición y la naturaleza dada son cadenas a superar, no fuentes de autoridad.

3. Por qué choca con el cristianismo

El conflicto es de raíz, no de matices. El cristianismo es **teocéntrico**; el humanismo, antropocéntrico. Esa inversión se manifiesta en tres frentes.

El fin invertido

Para el cristianismo, el fin del hombre es glorificar a Dios; el humanismo coloca al hombre como fin de sí mismo. Es, estructuralmente, la idolatría que describe Romanos 1: la criatura ocupando el lugar del Creador.

La dignidad robada

Este es el argumento más fuerte. El humanismo secular conserva la «dignidad infinita de la persona», pero corta la raíz que la sostenía: la imago Dei, el hombre como imagen de Dios. La dignidad humana es una herencia cristiana que el secularismo gasta sin reponer: vive de un capital que ya no produce. Tom Holland lo ha documentado históricamente en *Dominion*. Sin un fundamento por encima del hombre, la dignidad deja de ser un hecho y se vuelve una preferencia —y las preferencias se revocan.

El secularismo gasta el capital de la dignidad humana sin reponerlo; el cristianismo lo produce.

La estructura pelagiana

En su lógica profunda, el humanismo es autosalvación: el hombre se redime y se perfecciona a sí mismo. Pero la tradición cristiana —de Agustín en adelante, católicos y protestantes por igual— condenó el pelagianismo justamente por eso. La doctrina del pecado, que entiende al hombre como caído y no como simplemente perfectible, y el optimismo humanista sobre la naturaleza humana no caben en la misma habitación.

4. Por qué choca con el conservadurismo auténtico

Conviene una concesión previa: existe un «humanismo» que un conservador puede reivindicar —la defensa de lo humano frente al transhumanismo y la tecnocracia—. Pero el humanismo autónomo choca con los pilares del conservadurismo serio.

- ◆ **Visión trágica frente a perfectibilista.** El conservadurismo parte de una naturaleza humana limitada y caída —la «visión restringida» de Thomas Sowell—. El humanismo apuesta por la perfectibilidad, y de ahí brota la tentación utópica: rediseñar al hombre y a la sociedad desde cero. Toda revolución progresista descansa sobre esa premisa humanista.

- ◆ **La autoridad del pasado.** Burke y Chesterton hablaban de la tradición como una «democracia de los muertos»: sabiduría acumulada que no reinventamos en cada generación. La autonomía humanista disuelve esa autoridad en favor de la razón del presente. Si el yo es legislador último, la herencia no obliga.
- ◆ **Orden moral trascendente frente a construido.** El conservadurismo reconoce una ley moral por encima de la voluntad humana —ley natural, orden divino—. El humanismo la convierte en convención. Y una moral convencional es maleable, que es justo lo que el proyecto progresista necesita para reescribirla.

5. El punto decisivo: el humanismo de centro también se desliza

Aquí aparece la objeción respetable, la que se escucha en los círculos de centro: «Yo no soy humanista secular; soy humanista cristiano, o humanista político.» La buena intención se concede. Pero hay que observar la trayectoria, no la etiqueta.

El problema es el **ancla que falta**. Cuando el optimismo y la autonomía del humanismo no están disciplinados por una doctrina firme del pecado y por un orden moral trascendente y fijo, el marco se desliza. La razón es simple: una vez que la «dignidad humana» flota libre de un orden moral revelado e innegociable, se vuelve lo que el consenso decida. El humanismo de centro conserva el vocabulario de la dignidad, pero le cede el criterio al consenso.

De ahí el patrón observable: los movimientos contruidos sobre un «humanismo político» de centro tienden, con el tiempo, a acomodarse a la izquierda cultural en las cuestiones morales decisivas. No por traición a su doctrina, sino por su lógica interna: un humanismo sin ancla fija no tiene dónde pararse para decir «no» cuando el consenso se mueve.

El fruto maduro

Hay una conexión que conviene tener clara, porque es el corazón del asunto. El humanismo autónomo es la semilla del individualismo expresivo. Cuando el yo se vuelve centro, medida y legislador, la jugada lógica siguiente es que el yo psicológico —los deseos, los sentimientos, la «identidad interior»— se convierta en la realidad soberana. De ahí salen el «hombre psicológico» que diagnosticó Philip Rieff y la revolución sexual y de la identidad que documenta Carl Trueman.

El progresismo que se combate no es lo opuesto del humanismo: es su fruto maduro. El sujeto que se redefine contra su cuerpo, su sexo y su origen es el humanismo llevado a sus últimas consecuencias.

La conclusión del argumento es la que desmonta la posición de centro: el humanismo de centro-izquierda y el de centro-derecha difieren en el grado y en la velocidad, no en la dirección. Ambos carecen del ancla para resistir la redefinición de lo humano. El desacuerdo de fondo no es «más o menos humanismo», sino **con raíz o sin raíz**.

6. La alternativa: un humanismo con raíz

Frente al humanismo autónomo, la respuesta no es menos humanismo, sino uno con raíz. Un humanismo teocéntrico afirma todo lo genuinamente humano —la razón, la cultura, el arte, la dignidad— precisamente porque lo ancla en Dios. El hombre vale infinitamente, pero su valor es derivado, no autónomo: vale porque es imagen de Dios. Así se afirma la cultura —el mandato de cultivar y construir— sin endiosar al sujeto, y se es realista sobre el pecado sin despreciar lo humano.

Puede llamarse «humanismo cristiano» si se quiere; lo que importa es el ancla: la dignidad tiene una fuente innegociable y revelada, y el orden moral se recibe, no se fabrica. Esa es la diferencia entre afirmar al hombre como criatura y endiosarlo como medida.

No menos humanismo, sino uno con raíz.

7. Síntesis para el debate

La batalla cultural de fondo no es «religión contra ateísmo», sino **teonomía contra autonomía**: ¿el hombre recibe la verdad o la fabrica? Todo lo demás se ordena bajo esa pregunta. Quien defiende un humanismo de centro debe responder de qué lado coloca el fundamento; si lo coloca en el hombre, ya cedió el terreno, aunque conserve el lenguaje.

Réplicas rápidas

Si dicen...	Responde...
«Yo soy humanista cristiano, no secular.»	Perfecto: entonces aceptas que la dignidad no se autofunda, sino que deriva de la imagen Dei, y que el hombre no es perfectible por sí mismo, sino caído. Si aceptas eso, ya no eres humanista en sentido moderno: eres un cristiano que cultiva la cultura. La pregunta es de qué lado pones el fundamento.
«El humanismo defiende la dignidad de la persona.»	¿Sobre qué la fundas? Si la fundas en el consenso, es revocable: lo que el consenso da, el consenso lo quita. La dignidad solo es inviolable si tiene una fuente por encima del hombre.
«Separar la moral del consenso es integralismo, un Estado confesional.»	No. No pido un Estado confesional ni una teocracia; defiendo la democracia liberal con equilibrios de poder. Una cosa es la confesionalidad del Estado y otra el fundamento de la ley. Sostengo solo que el orden moral no lo inventa la mayoría.

Si dicen...	Responde...
«El humanismo es neutral; respeta todas las visiones.»	Ninguna visión que pone al hombre como medida última es neutral: ya tomó partido por la autonomía. La «neutralidad» es el nombre que la autonomía se da a sí misma.
«Sin humanismo volvemos al oscurantismo.»	El «oscurantismo» medieval es en buena parte un mito historiográfico. La universidad, el hospital y la noción misma de persona nacieron de la matriz cristiana. Lo que sostiene la libertad no es la autonomía, sino el reconocimiento de un orden que está por encima del poder.

Para profundizar

- ◆ Tom Holland, Dominion: How the Christian Revolution Remade the World.
- ◆ Carl R. Trueman, The Rise and Triumph of the Modern Self.
- ◆ Philip Rieff, The Triumph of the Therapeutic.
- ◆ Charles Taylor, A Secular Age (el «marco inmanente»).
- ◆ Thomas Sowell, A Conflict of Visions (visión restringida frente a no restringida).
- ◆ Edmund Burke, Reflexiones sobre la Revolución en Francia; G. K. Chesterton, Ortodoxia.